

# Destrucción cultural y discriminación social: una denuncia contra la modernidad en la lírica de José Emilio Pacheco

Blanca Álvarez Caballero\*

Trágico impulso humano: destruir  
lo mismo al semejante que al distinto  
*José Emilio Pacheco*

Recepción: 6 de enero de 2006  
Aceptación: 27 de marzo de 2006

\*Centro de Estudios de la Universidad,  
Universidad Autónoma del Estado de México.  
Correo electrónico:  
gauchoflorido@yahoo.com.mx

**Resumen.** Este texto presenta cuatro tópicos líricos de carácter social preocupantes en la obra de José Emilio Pacheco, en las últimas tres décadas del siglo XX occidentalizado: 1) la destrucción del mundo por las guerras, 2) la destrucción ecológica por la industrialización, 3) la destrucción histórica nacional por la globalización y 4) la diaria discriminación social y reificación del hombre contemporáneo. Se trata de una denuncia con trasfondo ético que permita al hombre tomar conciencia de los daños y prevenir otros para pugnar por un entorno humanístico.

**Palabras clave:** reificación, ecología, globalización, guerra, denuncia.

**Cultural Destruction and Social Discrimination: a Denunciation Against Modernity in the Lyrics of Jose Emilio Pacheco**

**Abstract.** In this text develop four lyric topics of worrisome social character in the work of Jose Emilio Pacheco, in the last three decades of the westernized 20<sup>th</sup> century, because of modernity: 1) world destruction because of wars, 2) ecological destruction because of industrialization, 3) destruction of historical national identities because of globalization and 4) contemporary man's daily social discrimination and marginalization.

One is an ethical denunciation offering support that allows the man to become aware of the damages caused and so prevent others from struggling for humanistic surroundings.

**Key words:** marginalization, ecology, globalization, war, denunciation.

## Introducción

En su *Historia de la idea del progreso*, Robert Nisbet expone la desilusión, la desesperación y el escepticismo respecto a ese tema en la modernidad de los siglos XIX y XX, en relación con “cinco premisas principales: la fe en el valor del pasado; la convicción de que la civilización occidental es noble y superior a las otras; la aceptación del valor del crecimiento económico y los adelantos tecnológicos; la fe en la razón y en el conocimiento científico y erudito que nace de ésta; y, por fin, la fe en la importancia intrínseca, en el valor inefable de la vida en el universo” (1991: 438). Modernidad que

propone como rasgo característico la paradoja: el alto desarrollo técnico-científico y la reducción del hombre a obrero de la ciencia; el control de muchas enfermedades opuesto al surgimiento de otras muy sofisticadas; las múltiples formas de aprovechar el tiempo libre y la enajenación laboral por horarios excesivos; un alto desarrollo de comodidades en la ciudad y la dificultad de habitar en ella por la violencia social; la sobrepoblación mundial contrastante con la soledad del individuo (*cf.* Berman, 1997). Se trata de “un mundo en el que todo está preñado de su contrario” (Berman, 1997: 8), de “la felicidad más radiante y la desesperación más sombría” (Berman, 1997: 99). Hay uniformidad en las

formas de producción económica, en el ejercicio de la tecnocracia, de la burocratización, del imperialismo mundial por parte de las naciones más poderosas a partir de la monopolización empresarial transnacional, la apuesta por el mercantilismo pro cultura de masas, así como la cientificidad considerada progresista por su supuesta eficiencia y comodidad.

La preferencia de lo efímero por encima de lo sólido, de lo vertiginoso sobre lo lento y del cambio sobre la permanencia nos habla de la predominancia de la ciudad sobre el campo. El tiempo de la modernidad transcurre mucho más rápido en el ámbito urbano que en el rural; por lo que determina la cosmovisión de los hombres industrializados, sobre todo la del pobre y el clasemediero, habitantes de ciudades hispano-americanas, como se observa en los poemarios de Pacheco, en que día con día la voz lírica recorre Tijuana, el Distrito Federal, Veracruz, Buenos Aires y Montevideo, entre otras; especialmente sus parques, casas, cines, librerías y mercados para maravillarse, pero sobre todo para desencantarse. Hay un deslumbramiento por su belleza y un amenazante miedo ante su caos, en que “la rutina cotidiana de los parques y las bicicletas, de las compras, las comidas y las limpiezas (*sic*), de los abrazos y besos habituales puede ser no sólo infinitamente gozosa y bella sino también infinitamente precaria y frágil” (Berman, 1997: xii).

El hombre moderno, visto como valor de cambio, está envuelto en constantes relaciones humanas de opresión a diferentes escalas. El prójimo no es ya el cercano a uno mismo, el que es aceptado con sus diferencias, sino el que es discriminado de varias formas; es el otro. José Emilio Pacheco lo denuncia en su poesía desde ángulos muy impactantes a nivel sociohistórico, como la guerra, hasta los más personales y cotidianos. Varios críticos suyos concuerdan en que los tópicos recurrentes de la poesía del mexicano son sus circunstancias históricas inmediatas, como la transformación de la ciudad de México durante la segunda mitad del siglo xx, la posguerra, la guerra de Vietnam, la guerra de los balcanes, el mercantilismo omnipotente cotidiano, el crecimiento sin freno de las clases pobres y ciertos grupos marginados en Hispanoamérica, la opresión hacia la clase media, la destrucción de rasgos culturales locales, el abandono - olvido- de nuestra identidad histórica mexicana en aras de construir un hombre universal globalizado -el *hombre unidimensional* que tanto refriera Marcuse- afectado por el diario acontecer de la sociedad occidentalizada de nuestra era, que tiene como trasfondo una crítica a los excesos del

universalismo y del relativismo; en que José Emilio Pacheco, desde su lírica, propone lo contrario: fomentar la permanencia de rasgos locales, regionales y nacionales, con el fin de habitar un entorno más humanista por honesto, respetuoso y comprometido con una sana convivencia social.

De acuerdo con lo anterior, el objetivo del presente artículo es mostrar esa visión ética de José Emilio Pacheco en dos libros: *Irás y no volverás* (1973)<sup>1</sup> y *La arena errante* (1999). Cada uno es representativo de una etapa lírica y ambos son importantes por abarcar prácticamente tres décadas que nos permiten apreciar -quizá con la claridad que ningún poeta mexicano de nuestra era lo ha hecho- el desarrollo de la modernidad en nuestro mundo occidentalizado durante más de tres décadas en relación con los temas siguientes.

### 1. Destrucción del mundo por la guerra

La guerra es un *leitmotiv* del escritor por el impacto que tiene el grado de destrucción perpetrado en el siglo xx en Europa; implica un modo de conservar el poder político, la obediencia de los súbditos y la estabilidad económica. Además, “La guerra necesita de las ciencias naturales para encontrar nuevas formas de energía y nuevas máquinas destructoras, pero también de la ciencia social para encontrar o reproducir el poder y el control” (Tecla, 1995: 41). Se vale sobre todo de la tecnología y los medios de comunicación -televisión, cine, videojuegos- que la proponen espectacular, la convierten en objeto de lucro y en un entretenimiento más para el hombre. Así ocurre en “Lumbre en el aire”: “Estallan los jardines de la pólvora/ en el cielo oscurísimo y su aplomo./ Estruendo frente al mar que se encarniza/ desde la eternidad contra las rocas” (Pacheco, 1999: 107).

Por eso en “El futuro pretérito” conviven lo impactante de la guerra con la vida cotidiana superflua: “En la ciudad hay temor. Estallan las bombas./ Dejan por todas partes un reguero de muerte/ y de mutilaciones./ En cada esquina se produce un asalto./ Grupos innominados/ asesinan a alguien por algo que hizo o no hizo./ Arde una guerra que no encuentra nombre/.../ Sin embargo la vida continúa./ Se habla mal de la gente,/ se hacen reuniones/ y se forman parejas./ Se maquina un futuro/ que no será como lo imaginamos” (Pacheco, 1999: 75); en que al sujeto lírico le resulta visualmente sorprendente la destrucción humana a gran escala un tanto por lo conmovedor de las imágenes sensoriales que esto causa. Pero hay cada vez más un distanciamiento emotivo de la guerra tanto por los “espectadores” de ésta como por sus generadores, ya que en la historia de la guerra “Al combate cuerpo a cuerpo le sucede

1. Esta obra se incluye en Pacheco (1986).

la lucha a distancia y, llegado el momento, el involucramiento emocional fisiológico directo es sustituido por el cálculo técnico del experto... Se trata de comportamientos ritualizados, jerarquizados y automatizados donde cada individuo o categoría de individuos cumplen con una función” (Tecla, 1995: 45-46); lo cual permite mirarla con indiferencia. Asimismo, en ese poema se propone la guerra como un modo circular de existir en que pervive “el futuro pretérito”, esto es, la esperanza en un cambio y la repetición de lo anterior a modo de visión heracliteana.

Por otro lado, “Disparo” muestra la relación del hombre y la máquina -en este caso, una pistola-, en que siempre se está en la tensión humana de si éste es esclavo de sus malignas creaciones: “La bala ordena: ‘Dispárame./ Para eso me hallo aquí, de eso sirvo,/ con este objeto me hicieron./ Soy un navío feroz que va cargado de plomo./ Tengo el contorno/ de lo que llevo en mi interior destructivo/ y es mi razón de estar en el mundo./.../ Si no me utilizas/ te volverás mi blanco:/ Dispara” (Pacheco, 1999: 116). Es claro aquí que “El hecho brutal de que el poder físico (¿sólo físico?) de la máquina sobrepase al del individuo, y al de cualquier grupo particular de individuos, hace de la máquina el instrumento más efectivo en cualquier sociedad cuya organización básica sea la del proceso mecanizado... en esencia, el poder de la máquina es sólo el poder del hombre almacenado y proyectado” (Marcuse, 1968: 25). En otras palabras, se trata de la propuesta implícita de que el hombre es lo que crea; si crea un arma, entonces es destructor y autodestructor, en tanto es víctima y verdugo de ésta.

Por su parte, el poema “Otro” muestra una clara discriminación racial en masa, la cual ha existido siempre porque es inherente a la condición humana; sin embargo, como es recurrente en José Emilio Pacheco, se centra en las guerras mundiales. Esto lo sabemos porque habla de la “Limpieza étnica”, de la “Solución final” y del “campo de exterminio” como la vía “que de una vez por todas resuelva el problema del Otro” (Pacheco, 1999: 51), desde luego, bajo el punto de vista del discriminador. En la misma tónica, en “Génesis” se presenta a un hombre atrapado en un campo de concentración, entre la cerca eléctrica y los perros guardianes; ambos símbolos de prisión y muerte, en oposición a la convivencia con la naturaleza; la cual representa la libertad, la integridad, la plenitud humana: “Y no encontré ya bosques ni manantiales./ En el lugar que ocupaban/ se yergue la barrica N-18 y se levantan los hornos crematorios” (Pacheco, 1999: 118).

En tanto que “Ensayo general” es representativo del conflicto naturaleza *versus* cultura, pues denuncia la dificultad que tiene el hombre para dedicar espacios a la naturaleza,

ya que los hombres somos “incapaces de renunciar a uno solo de nuestros privilegios para que siga vivo un árbol, la única nota de luz entre los bloques de cemento donde florecen todas las rabias y todas las derrotas” (Pacheco, 1999: 65). Aquí el autor nos muestra el incesante y devastador modo de destruirnos como especie humana a través de la guerra: “Nuestra última posibilidad de convivencia fracasó en Sarajevo y en Kosovo. Te armas, me armó, todos nos armamos. El ensayo general es hoy a las cinco de la tarde” (Pacheco, 1999: 65).

La guerra nos habla de la discriminación de los hombres en masa por las ambiciones de uno o más hasta llegar a padecer regímenes totalitarios bajo la bandera del universalismo en nuestros días de neoliberalismo, en que “la pretensión universalista no es más que la máscara que se pone el etnocentrismo. Por esta razón, la ideología universalista es responsable de acontecimientos que figuran entre los más negros de la historia europea reciente. Bajo el pretexto de extender la civilización (valor universal, si lo hay), algunos países de Europa occidental se apoderaron de las riquezas de todos los demás y explotaron a numerosos pueblos lejanos para su provecho. El universalismo es el imperialismo” (Todorov, 2000: 435). Esto se percibe en el poema “La Bestia Inmunda”, donde ésta simboliza al hombre que ha adquirido un gran poder político, ya nacional, ya mundial, por lo que una cantidad innumerable de hombres le rinden culto para obtener beneficios o piedad ante su tiranía: “Diezmos, primicias, sacrificios humanos,/ incienso, mirra, cánticos, discursos:/ no ahorramos nada para congraciarnos con ella,/ para obtener su aprobación/ o su clemencia ya en el peor de los casos” (Pacheco, 1999: 114). Su gran astucia, sagacidad y avaricia se representan en las metáforas de “sus feroces tentáculos,/ sus colmillos sangrantes, sus garras ávidas” (Pacheco, 1999: 114).

Pero algún día es derrotada esa bestia. Tan alto es su ascenso como dura su caída. Lo hemos visto, por ejemplo, con Luis XVI, Stalin, Mussolini, Hussein y con el llamado, curiosamente, la Gran Bestia: Hitler. En el caso de estos personajes, el etnocentrismo radica en buscar aniquilar al otro, al matar sus creencias, costumbres, arte y lenguaje -entre otros rasgos identitarios- bajo la bandera universal del cientificismo y el nacionalismo; “en tanto que recurrir a la ciencia equivale a apoyarse en uno de los valores más seguros que existen en nuestra sociedad. Para ver que este peligro no es meramente potencial basta recordar que los dos regímenes más mortíferos de la historia reciente, el de Stalin y el de Hitler, se han apoyado, ambos, en una ideología científica” (Pacheco, 1999: 436-437). Se trata de dictadores ante los cuales la reacción de la gente ha sido básicamente la misma: primero alabarlos

y después decir que: “Ahora que se pudre la Bestia Inmunda,/ nos hemos vuelto autocríticos./ Quemamos sus retratos y destruimos/ sus monstruosas efigies” (Pacheco, 1999: 114). Sin embargo, al final la consigna es la misma: “Hagamos tabla rasa del tiempo viejo/ -hasta que llegue la otra Bestia Inmunda” (Pacheco, 1999:114), es decir, la próxima. Así el poema nos deja ver que la historia no nos enseña mucho: repetimos nuestra maldad, nuestras conductas, nuestro miedo. Cambian escenarios, personajes y matices de diversa índole; pero la historia occidental es cíclica como decadente, basada en el juego binario sangriento e incesante del opresor y el oprimido del que tanto hablara, por ejemplo, Jean-Paul Sartre, en que invariablemente los oprimidos suelen reclamar a sus verdugos: “ustedes nos han convertido en monstruos, su humanismo pretende que somos universales y sus prácticas racistas nos particularizan” (Fanon, 1961: 8).

De este modo, el poeta nos muestra atrocidades de la destrucción humana en grandes proporciones en un mundo occidental contemporáneo heracliteano, esto es, lineal pero cíclico, donde sobresalen catástrofes de la Segunda Guerra Mundial, como la bomba atómica y los campos de concentración, cuyo periodo histórico es recurrente en la obra literaria de Pacheco. Centrarse en esta parte de la historia humana le permite denunciar dos modos de discriminación: el cientificismo y el nacionalismo como formas modernas de imperialismo y, por tanto, de universalismo; rasgos todos de nuestra época moderna. Ante esa situación no se trata de caer en la postura extrema: el relativismo, en que cualquier hecho social dañino podría resultar válido. Más bien, el poeta mexicano busca valorar lo perjudicial y lo benéfico de lo cultural local, como de lo universal.

## 2. Destrucción ecológica por la industrialización

Si bien los poemas anteriormente comentados revelan el impacto colectivo de la negación de valores como la libertad social, los textos de la presente sección referirán el dolor moral e íntimo por el daño que causamos -toda la humanidad- a la naturaleza; desde las grandes fábricas que día con día vierten desechos químicos en grandes proporciones, hasta la culpabilidad de un niño por tener en cautiverio a unos pericos como si fueran objetos decorativos. Esto constituye uno más de los rasgos éticos de nuestro autor, quien “busca compaginar el oficio poético con el compromiso social... De ahí su interés por el mal, que nos incumbe porque todos podemos ser tocados por su aliento seductor. De ahí también su angustia por la convivencia del hombre con el cosmos y su nostalgia de la armonía perdida con la naturaleza. De ahí su ánimo de denuncia” (González, 2003: 4).

Uno de los textos más emblemáticos de esto es “Contaminaciones”: “El smog el tabaco el hexaclorofeno/ el agua emponzoñada que te va corroyendo/ son la vida que pasa en forma de veneno/ Y siempre te recuerda/ *vivir es ir muriendo*” (Pacheco, 1986: 137-138). Este poema habla del morir del hombre por el diario daño ecológico industrializado. Nos refiere, sobre todo el último verso, el modo en que la “civilización” del siglo xx ha escapado del control humano por el diario ejercicio de una cultura de lo desechable, en que, paradójicamente, el precio de vivir materialmente cada vez más cómodos daña la salud de modo progresivo. Al respecto, el progreso político y científico se propuso rescatar al hombre de la servidumbre que le imponía la naturaleza... Pero esta segunda naturaleza [la cultura altamente industrializada del siglo xx] se ha revelado demasiado humana... No es ya el hombre quien se sirve de la ciencia y de la política, sino que son éstas las que se sirven del hombre para crecer a expensas suyas. Es precisamente de esta “segunda naturaleza”, de este organismo artificial de quien tenemos que defendernos ahora. El drama del doctor Frankenstein es nuestro propio drama (Campillo, 1995: 78).

No menos crudo pero sí más amargo resulta el poema “Idilio”, por la oposición que maneja entre un tiempo cósmico o de la naturaleza y uno histórico o lineal. De entrada nos refiere un paisaje natural que nos hace pensar en un tipo de eternidad o de paraíso por su amorosa belleza y su descontextualización del diario tiempo cronológico: “Me enseñaste los nombres de las aves/ la edad/ de los pinos inconsolables/ la hora/ en que suben y bajan las mareas ” (Pacheco, 1986: 110). Disfrutar el paisaje resulta, además, un paliativo contra la guerra, la miseria, la opresión: “En la diafanidad de la mañana/ se borraban las penas/ la nostalgia/ del extranjero/ el rumor/ de guerras y desastres/.../ El mar latía/ En tus ojos/ se anulaban los siglos/ la miseria/ que llamamos historia/ el horror/ que agazapa su insidia en el futuro” (Pacheco, 1986: 110).

Contemplar la naturaleza de modo intenso la revela eterna, así como al que la mira, aunque, al cronometrarla, sólo dure un instante. No obstante, en “Idilio” esa experiencia poética sublime se trunca al presenciar el sujeto lírico en su recorrido que “Como un tañido funerario entró/ hasta el bosque un olor de muerte/ Las aguas/ se mancharon de lodo y de veneno/ Y los guardias llegaron a ahuyentarnos/ Porque sin darnos cuenta pisábamos/ el terreno prohibido/ de la fábrica atroz/ en que elaboran/ defoliador y gas paralizante (Pacheco, 1986: 112).

Hay ahí un aspecto de desencanto humano ante la destrucción de la naturaleza que conlleva a la aniquilación de la armonía humana, en tanto somos seres orgánicos y espirituales o, como comenta Armando González Torres: [En]

El poema 'Idilio', con el que abre *Irás y no volverás...* el reposado paseo de dos amantes, pleno de reminiscencias pastorales, es interrumpido por el descubrimiento de una fábrica... este procedimiento poético da cuenta del interés de Pacheco por demostrar que, detrás de la cotidianidad, se esconde el rostro torvo de la violencia. Si la historia, con sus porfiadas tragedias, es una pesadilla, quizá sólo hay un consuelo en las cosas menudas, en esa placidez de los seres sin conciencia o de las cosas inanimadas (2003: 5).

En el poema "Lemnos" hallamos un aspecto más del daño ecológico contemporáneo, en que además se observa una desmitificación de lugares sagrados": "Durante siglos se creyó que esta tierra era sagrada y remediaba todos los males. Pero no puede contra la invasión de nosotros los bárbaros ni contra los plásticos, las latas de cerveza, las colillas, las envolturas de papel metálico que cierran para siempre el camino hacia Troya" (Pacheco, 1999: 63). "El drama es que hoy aplicamos a la naturaleza el trato que infligimos a las ciudades: 'preservamos' ciertos sectores en beneficio del espectáculo... pero la naturaleza, como los hechos en otro tiempo, es testaruda: si se maltrata, reacciona. Los glaciares retroceden, los mares se desecan, los desiertos avanzan, las especies desaparecen" (Augé, 2003: 109). Así al ser el hombre catalogado como bárbaro, hay una crítica implícita a la visión tradicional occidental de civilización *versus* barbarie; con lo que en la poesía de José Emilio Pacheco notamos, en gran medida, una inversión de esos valores, esto es, una apuesta por la sana convivencia con la Naturaleza y una desacreditación de toda civilización mortífera.

### 3. Destrucción histórica nacional en favor de un proyecto globalizador

La modernidad se desarrolla fundamentalmente en la ciudad, visto el paisaje urbano revelador del *modus vivendi* de su sociedad. Pacheco recrea esto sobre todo en sus versos dedicados al Distrito Federal, que bien pueden aplicarse a diversas ciudades de Latinoamérica, ya que muestran una destrucción cultural prehispánica, colonial e independentista perpetrada durante el siglo XX, con el fin de sustituirla por proyectos neoliberalistas norteamericanos; lo cual me lleva, de nuevo, a recurrir a las proféticas palabras que Sartre profiriera en los años sesenta: "el Tercer Mundo se descubre y se expresa... se encuentra dentro de ese mundo de pueblos sometidos... que aunque han ganado la libertad plena viven bajo la amenaza de una agresión imperialista... Nada será ahorrado para liquidar sus tradiciones, para sustituir sus lenguas por las nuestras, se les embrutecerá de cansancio" (Fanon, 1961: 10-14).

Esto se observa en "Demolición", en que, como dice el título, se da la destrucción de una vieja casa para construir allí "edificios modernos y funcionales" (Pacheco, 1999: 122), como un videoclub; con lo cual habrá una pérdida de riqueza arqueológica, arquitectónica y de valores familiares: "Dentro de pocas semanas/ alquilarán videos de amor y terror en este Blockbuster./ Nadie reparará en el otro drama: / las familias que se hacen y se deshacen" (Pacheco, 1999: 121). Y es que la ideología de la globalización con sus contradictorios preceptos, como el de un supuesto cosmopolitismo siempre confortable y funcional, sugiere cambiar la arquitectura antigua y fuerte, aunque deteriorada, por construcciones nuevas pero endebles; así como suplantarse las grandes casas y el paisaje urbano que proponían unión familiar, que reunían, que humanizaban, por un entorno egoísta por individualista. Así el poema "Demolición" ilustra el malestar de Pacheco frente a la modernidad centrada sólo en el presente; donde "Lo más conmovedor o lo más alarmante,/ según se vea,/ es hallar bajo el patio en donde guardaban/ las camionetas de reparto/ otro patio, esta vez más antiguo,/ con una fuente en pedazos/ y fragmentos de platos y vasijas./ Así pues, los objetos diarios/ no siempre se destruyen ni se transforman./ Unos cuantos se quedan en un lugar/ que nadie vuelve a ver ni recuerda" (Pacheco, 1999: 122), lo cual confirma una de las características de la modernidad *progresista* contemporánea: renegar del pasado local, desecharlo en aras de lo novedoso mundialmente uniforme, donde lo único que cuenta es el presente del instante; todo es desechable y, por tanto, va al olvido: a su negación o a su destrucción física. Se trata de suplantarse lo nacional identitario por "los no lugares" de la globalización que se hallan prácticamente idénticos en muchos países occidentalizados; son frecuentados por hombres, pero se trata de hombres desvinculados de sus relaciones recíprocas, de su existencia simbólica. Son unos espacios que no se conjugan ni en pasado ni en futuro, unos espacios sin nostalgia ni esperanza... son no lugares en la medida en que su principal vocación no es territorial, no consiste en crear identidades singulares, relaciones simbólicas y patrimonios comunes, sino más bien en facilitar la circulación (y, por ello, el consumo) en un mundo de dimensiones planetarias (Augé: 2003: 91-101).

Nos situamos, así en una postura de denuncia del sistema globalizador. Por eso el poema "Brújula" es una metáfora de Estados Unidos como guía económica de la humanidad contemporánea, inspirador de Japón y explotador de Latinoamérica: "Apunta siempre al norte la flecha trémula./ Orienta al oriente/ y deja al sur en total desamparo" (Pacheco, 1999: 87). Al final se dice: "Mundo sin brújula,

cada vez más *norteados*\*/. Cada vez más sin esperanza de hallar el rumbo” (Pacheco, 1999: 87). A lo que hay una nota a pie de página que nos cuestiona: “Tendrá que ver con puntos cardinales/ o se refiere a aquel inmenso país [no llamado por su nombre, pero sí sugerido por su ubicación geográfica] hacia el que apuntan siempre nuestras brújulas” (Pacheco, 1999: 87).

Por su parte, “Boca del horno” nos muestra desagradables consecuencias del culto del siglo XX a las máquinas - otra característica de la modernidad-, por ejemplo, el descontrol ante lo imprevisible de lo tecnológico, como el hecho trivial de la suspensión momentánea de luz eléctrica, con lo que se hace insostenible el calor por falta de ventilación. Aquí el poeta juega con la imagen del calor literal para decir que la tierra arde como Comala, lo cual nos lleva a pensar en el planeta como un infierno por su caos urbano que cada vez más altera los naturales ciclos climáticos a causa de la contaminación: “Afuera está la selva ignea, la espesura de piedras que arrojan fuego. El ventilador crea un ígloo ilusorio... Su privilegio me sitúa entre quienes no se ahogan en el infierno. Pero se va la luz y el mar de alquitrán me vence. Sombrío calor, boca del horno, Comala. La tierra entera se volverá rescoldo de nuestros huesos derretidos” (Pacheco, 1999: 64). Toda alteración fisiológica y anímica es indisoluble del maltrato ambiental. Lo anterior deja ver entre líneas un cuestionamiento ético, pues “La sociedad moderna vive como de los recursos naturales que ha consumido y destruido, de recursos morales que ella, igualmente, es incapaz de reponer. Por eso se descompone el trascendente biotopo de valores en el cual la comunidad, la solidaridad, la justicia y, en último término, también la democracia *echan raíces*” (Beck, 1999: 7).

La visión de José Emilio Pacheco nos habla también de lo prosaica e irrisoria que resulta la tecnología. Su masificación, su rapidez, su esencia “funcional” hacen que el contacto entre los hombres pierda la personalización que tuvo en otras épocas. Un ejemplo lo constituye “Carta”, en que se hace una comparación entre el modo simplón, meramente práctico, de hacer llegar una carta por internet y lo mágico “de haber lugares misteriosos/ donde añejan las cartas como vinos./ Para qué subirlas a un yet/ o a un camión al menos” (Pacheco, 1999: 54-55).

En sintonía parecida, “Apocalipsis por televisión” expresa lo siguiente: “Trompetas de fin del mundo/ interrumpidas/ para dar paso a un *comercial*” (Pacheco, 1986: 138). Aquí se muestra con ironía la desacralización que resulta de mirar por televisión una película religiosa de época, en este caso católica, con las constantes interrupciones de anuncios publicitarios de venta de productos desechables con-

temporáneos. José Emilio Pacheco deja percibir entre líneas lo absurdo del hecho por la forma de alternar tiempos y cosmovisiones en cuestión de minutos que, inevitablemente, convierten todo asunto sagrado, místico o moral en meramente sarcástico y mercantil, donde lo más importante es el intercambio de bienes.

#### 4. Discriminación y reificación del hombre

El poeta constantemente habla de la discriminación tanto de modo violento y directo, como sutil o moderado; tanto de modo llano y concreto, como simbólico e impersonal, hacia comunidades marginadas: gente pobre y de clase media con pocos estudios o sin ninguno, con ausencia de contactos políticos que la ayuden, con enfermedades congénitas. Pero también lo hace de modo alegórico, como en el pequeño relato titulado “Minorías”, aplicable a cualquier tipo de desprecio, en que en un pueblo de raza verde hay un ser rechazado por los otros porque es entre gris y morado: “Llamé la atención por raro/ y nunca me aceptaron en parte alguna” (Pacheco, 1999: 104). La voz lírica expresa que una de las salidas para superar tal asunto es ser bufón o ermitaño; “Pero indolente, como soy o como me hicieron,/ preferí volverme invisible” (Pacheco, 1999: 104), esto es, marginarse socialmente, recluirse en sí mismo en un mundo pequeñísimo al modo en que lo hiciera, por ejemplo, el Gregorio Samsa de Franz Kafka.

Si bien escrito a modo de cuento mágico, es decir, simple en su estructura y sostenido por elementos fantásticos, “Minorías” esconde una gran riqueza atemporal, pues la historia nos muestra que la discriminación es parte de la naturaleza humana; nos remite a formas atroces en que el hombre ha sido relegado por ser diferente de los demás; ha sido crucificado, quemado vivo, emparedado, calcinado en una cámara de gas. Aquí el autor nos cuestiona sobre dos tipos de discriminación: atemporal por referirse a la condición de maldad del hombre como especie y sincrónica por su detención en la intensidad con que se presenta en nuestros tiempos de crisis moral, económica, familiar y laboral; lo cual sume hoy, más que nunca, en el anonimato de la masificación, en el *ninguneo* de la opresión al “volverme invisible” (Pacheco, 1999: 104), o en la pérdida de libertad al nulificar el ejercicio de la voluntad personal como consecuencia del servilismo, pues “queda la alternativa de ser bufón” (Pacheco, 1999: 104), la hipocresía del camuflaje con tal de sentirse integrado a la sociedad.

En la vida cotidiana el hombre es menospreciado, de entrada, por diferencias biológicas, como ocurre en “Ulan Bator”, poema en que observamos la discriminación hacia un niño mongol por parte de niños y adultos. El poeta lo

muestra como un ser libre, inocente de culpas humanas, producto de “el azar bajo el signo de los cromosomas” (Pacheco, 1999: 93); “Ya cabalga en su estepa libre./ Ya es todopoderoso en el Otro País,/ en aquella Mongolia de hierba y nieve/ que los demás nunca invadiremos” (Pacheco, 1999: 93). Contrario a la discriminación social, la óptica del autor es enaltecer al niño porque al ser mongol no es malo, como el resto de la humanidad que sí es biológicamente sana. Para Pacheco, en “Ulan Bator” el niño mongol tiene “Su función en el mundo [que] es mirar, mirarnos/ -incomprensibles, ruidosos, crueles/.../ No hace ninguna/ pregunta sobre el Mal/.../ Sus verdugos se alejan” (Pacheco, 1999: 93). Por otro lado, el poema “Indeseable” recrea el padecer del hombre clasemediero occidentalizado de la vida moderna contemporánea. Él sufre la diaria reificación humana una vez más de corte kafkiano -aunque ahora recordando más a *El proceso* y *El castillo* que a *La metamorfosis*-. “No me deja pasar el guardia./.../ Me falta un sello./ Necesito una firma./ No hablo el idioma./ No tengo cuenta en el banco/.../ Cancelaron mi puesto en la gran fábrica/ Me desemplearon hoy y para siempre/ Carezco por completo de influencias./ Llevo aquí en este mundo largo tiempo./ Y nuestros amos dicen que ya es hora/ de callarme y hundirme en la basura” (Pacheco, 1999: 82); texto que revela el gran abismo existente entre opresores y oprimidos en nuestro mundo capitalista. Los primeros deciden qué bajos salarios, qué explotadores horarios, qué excesivos requisitos solicitar a sus empleados, cómo crear monopolios económicos para generar el cierre de pequeñas empresas. Pero, ante todo, este texto es revelador porque nos muestra cómo las grandes instituciones sociales e intelectuales [sobre todo laborales] se han extendido y arraigado de tal modo sobre la faz de la Tierra que se han convertido en una segunda naturaleza... [Pero] han perdido su transparencia, su fluidez, su carácter mediador o universalizador, y se han convertido en organismos sólidos y opacos, que no funcionan ya como transmisores sino como acumuladores de las energías humanas, que no sirven ya para extenderlas y regenerarlas, sino para devorarlas y aniquilarlas (Campillo, 1995: 102).

Representan el gran fracaso del hombre de nuestros tiempos, quien se somete a dos formas de reificación y, por tanto, de nulificación: la enajenación laboral decididamente mercantilista y el anonimato del *ninguneo*. En el primer caso, “Todo lo que puede hacer es ajustar su paso al ritmo que se le impone, como lo haría un soldado en marcha o el obrero frente a la cadena sin fin. Puede actuar, pero su sentimiento de independencia, de significar algo, eso ha desaparecido” (Fromm, 1988: 138). Así toda idea de dominio implica limitar territorios metafóricamente, arrancar al otro lo que

consideramos nuestro y más seguido mío, manifestación de un elevado egoísmo que “valora” al ser humano en la medida de lo que posee y de su susceptibilidad a ser explotado por los demás. Por eso José Emilio Pacheco dedica un poema, titulado “Mi”, a la avaricia de este adjetivo posesivo: “Tan grandes y tan ávidos como el pronombre *yo*/ sus dos brazos,/ las dos letras que forman el posesivo *mi*,/ el más ambicioso, el más ilusorio,/ el que más decepciona” (Pacheco, 1999: 29).

En la poesía de este escritor mexicano predomina una visión negativa en que nuestro mundo es un camino hacia la destrucción humana de diversas formas, donde el siglo pasado resulta emblemático al ser simbolizado en el poema “Titanic”, en que se expresa: “me hundo en la sombra eterna con el siglo xx, mi titanic” (Pacheco, 1999: 64). Allí se reconoce que se es uno de los que “se ahogaron tras las puertas cerradas de la tercera clase. Que otros disputen su lugar en los escasos botes salvavidas” (Pacheco, 1999: 64). La voz lírica se asume envuelta en una derrota. Se embarcó en el éxito que prometía el deslumbrante siglo xx; pero, al igual que al barco, lo sorprendió el desastre, en este caso traducido en fracasos económicos, ecológicos y jurídicos, entre otros.

En el texto, la voz lírica se asume atrapada en la tercera clase y, por tanto, no tiene forma de superar su condición. Aquí notamos que el poeta resalta la situación crítica y determinista de que quienes suelen sufrir más tribulaciones son los económicamente pobres, ya que son los más marginados y los que difícilmente hallan soluciones benéficas a sus problemas. Recordemos que en el hundimiento del barco la gente adinerada fue la que logró salir al mar con menor dificultad para tomar un bote, mientras que varias personas de la tercera clase murieron en las calderas del barco. También es notoria la actitud resignada de la voz lírica al manifestar su desinterés por obtener un salvavidas en el último verso aquí citado. Con lo cual inferimos un aspecto más de la visión social fatalista del poeta: a estas alturas de nuestra desigual modernidad vano es pretender salvarnos del caos en que vivimos.

## Conclusiones

A partir de lo anterior nos preguntamos qué tipo de hombre occidentalizado nos propone José Emilio Pacheco, en tanto que vivimos constantemente en relaciones de víctima-verdugo. La respuesta es un hombre desalentado por la destrucción de valores éticos, de la naturaleza, de una calidad de vida digna, de la creencia en un más allá o en un tipo de divinidad; es un hombre convencido de que habitamos

el reino de la desigualdad descarnada, de la maldad cínica y de la desesperanza por el crecimiento de la deshumanización de todo, que lo hace terriblemente desconfiado del presente y aún más del futuro. El hombre es nada al no contar con sustentos morales constantes en la *praxis*, al ser reducido a objeto por los otros y por sí mismo.

Tal estado de vacío provoca desilusión, melancolía y, sobre todo, una insatisfacción amarga y taciturna apreciada en varios poemas del autor; sobre todo al enfrentar diariamente la tensión de la vida moderna y su obsesión por cronometrarlo todo, con lo que surge un choque entre lo natural y lo artificial elaborado por el *homo faber* y que constituye una representación de la fragmentación humana en todos los órdenes: biológico, familiar, laboral, etc.; puesto que el hombre medio come, medio duerme, está poco tiempo con sus hijos, tiene poco tiempo para relajarse y divertirse. Se halla disminuido por las barreras económicas, científicas y tecnológicas de nuestra era.

El poeta mexicano cavila para convencerse de que una gran parte de identidad cultural muere por la destrucción física o por el olvido: nacen y concluyen imperios, nacen y devienen en ruinas las ciudades, las familias, las parejas y toda obra humana. Lo cual le resulta esencialmente trágico porque se opone a la sólida estabilidad que desearía tener; en que en cada casa, parque, calle y ciudad por los que transita debiera haber rasgos distintivos que pudieran mantenerse lo más posible. Pero se decepciona al hallar cada vez más lo contrario: al *hombre unidimensional* que esconde tras sus máscaras de felicidad grandes vacíos morales; en suma, al hombre que irremediablemente pierde memoria cultural.

A través de su poesía, José Emilio Pacheco hace una evaluación de la modernidad en textos enfocados a las últimas tres décadas del siglo XX, sobre todo en nuestro país, en un

mundo caótico llevado al extremo de la modernidad por su altísimo grado de práctica neoliberalista; esto es, del ejercicio de la tecnocracia, de su “cultura” del mercantilismo, de lo desechable; de la cosificación del hombre por el trabajo extenuante, por la burocracia y la pérdida de lazos familiares y afectivos sinceros; del terrible daño ecológico mundial frecuente; de la avaricia, la soberbia, la mentira y el asesinato, entre otras injusticias. Lo cual sitúa a Pacheco como a un autor contemporáneo consciente de nuestro mundo destructor y que pone a los lectores en alerta ante estas situaciones, que al ser parte de nuestra condición resultan repetitivas a lo largo de la historia, heracliteanas hasta cierto punto, pero intensificadas por la llamada modernidad tardía del siglo XX.

Esto lo hace el escritor bajo una mirada básicamente amarga, intimista y resignada porque, al parecer, las cosas no mejorarán; pues, como confirma Ramón Xirau: “Hay en la obra de Pacheco una buena dosis de pesimismo que es, sobre todo, duda acerca del mundo actual: México, nuevos imperios, nuevas guerras. Con todo, más que pesimista, la actitud de Pacheco es, en conjunto, más bien estoica no en el sentido de conformista, sino en el sentido de esta suerte de valentía” (1978: 35). Quizá por eso el poeta no abandona el Distrito Federal como lugar de residencia; pues es sólo desde el diario acontecer en una urbe de ese tipo como resiste lo caótico del mundo moderno tercermundista. Sin embargo, hay un llamamiento al lector respecto a estos desórdenes con la intención de que reparemos los daños en la medida de lo posible y pensemos en prevenir otros; si bien se trata de señalamientos de tipo individual, porque para Pacheco la poesía es esencialmente personal: un encuentro de tú a tú entre autor y lector. Queda así abierta la invitación a abordar una obra lírica testimonial y profética del cotidiano acontecer de nuestra modernidad.

## Bibliografía

- Augé, M. (2003). *El tiempo en ruinas*. Gedisa, Barcelona.
- Beck, U. (1997). “Hijos de la libertad contra las lamentaciones por el derrumbe de los valores”, en Ulrich Beck (comp.). *Hijos de la libertad*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Berman, M. (1997). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI, México.
- Campillo, A. (1995). *Adiós al progreso. Una meditación sobre la historia*. Anagrama, Barcelona.
- Fanon, F. (1961). *Los condenados de la tierra*. FCE, México.
- Fromm, E. (1988). *El miedo a la libertad*. Paidós, México.
- González Torres, A. (2003). “El don ambiguo de la poesía de José Emilio Pacheco”, en Javier Aguilar Zúñiga (dir.). *El Independiente*. Año 1, núm. 54, 26 de julio, México.
- Marcuse, H. (1968). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Joaquín Mortiz, México.
- Nisbet, R. (1991). *Historia de la idea del progreso*. Gedisa, Barcelona.
- Pacheco, J. E. (1986). *Tarde o temprano*. FCE, México.
- \_\_\_\_\_. (1999). *La arena errante*. Era, México.
- Tecla Jiménez, A. (1995). *Antropología de la violencia*. Taller abierto, México.
- Todorov, T. (2000). *Nosotros y los otros. Reflexiones sobre la diversidad humana*. Siglo XXI, México.
- Xirau, R. (1978). “Ayer es nunca más”, de José Emilio Pacheco”, *Vuelta*. Vol 2, núm. 21, agosto, México.